

"La Respuesta es Dios"

Alguien comete un crimen violento en Estados Unidos cada 26 segundos y un asesinato cada 36 minutos. ¿Por qué? Hoy exploramos la causa de la violencia y la solución. El camino del Señor es un camino de amor, gozo y paz. Bendice a todo el que lo sigue. El Salmo 1:2 nos habla del hombre bienaventurado. Dios dijo, "en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche." Si quieres un mundo mejor, comienza contigo. No esperes a los demás. Hoy, buscar al Señor y meditar en Su Palabra puede marcar toda la diferencia. Aprende lo que Dios desea de ti y practícalo. El Señor Jesús dijo: "Si me amáis, guardad mis mandamientos" (Juan 14:15). Sé que amas al Señor y que quieres servirle.

Últimamente hemos visto mucha violencia y escuchado la palabra "maldad." Las noticias nocturnas presentan historia tras historia de asaltos, violaciones y asesinatos. El crimen violento en Estados Unidos ha crecido dramáticamente en los últimos 50 años. Según el FBI, hubo 288,000 crímenes violentos en 1960; pero en 2018, hubo más de 1.2 millones de crímenes violentos reportados. Hemos lamentado los tiroteos escolares, actos terroristas y bombardeos. Nos preguntamos cómo alguien puede ser tan cruel y despiadado.

Mientras algunos psicólogos dicen que los violentos están mentalmente perturbados, otros dicen que son malvados. Quizá hace falta un crimen tan horrendo como estos para recordarnos que sí existe tal cosa como la maldad. La América posmoderna ha pasado tanto tiempo excusándose y justificando sus pecados, que ha olvidado cuán malvados y perversos pueden ser los humanos. Más que nada, necesitamos la enseñanza y el amor de Jesús para cambiar nuestros corazones y vivir rectamente.

Nuestra lectura hoy viene de la Segunda Carta de Pablo a Timoteo 3:1-5. Aquí él advierte a Timoteo sobre los cambios malvados que ocurrirán con el paso del tiempo.

Pero debes saber esto: que en los últimos días vendrán tiempos difíciles. Porque los hombres serán amadores de sí mismos, avaros, jactanciosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, sin dominio propio, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, envanecidos, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; A éstos evita.

Desde los primeros días, la Biblia habla de la violencia en este mundo. En Génesis 4, Dios miró con agrado a Abel y su ofrenda, pero no a Caín y su ofrenda. Caín se enojó mucho y su semblante decayó. Dios le advirtió: "¿Por qué te has ensañado, y por qué ha decaído tu semblante? Si bien hicieres, ¿no serás enaltecido? Y si no hicieres bien, el pecado está a la puerta; con todo esto, a ti será su deseo, y tú te enseñorearás de él" (Génesis 4:6-7). Pero Caín dejó crecer su ira a pesar de la advertencia de Dios. El versículo 8 dice: "Y dijo Caín a su hermano Abel: Salgamos al campo. Y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel, y lo mató."

Lo que hizo Caín fue malvado. Planeó matar a Abel por celos. Dios dijo: "El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada; porque a imagen de Dios es hecho el hombre" (Génesis 9:6). Dios siempre ha considerado que quitarle la vida a otro es maldad. Los Diez Mandamientos del Señor dicen: "No matarás" (Éxodo 20:13). Matar es, y siempre ha sido, incorrecto. Apocalipsis 21:8 dice: "Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda."

El Nuevo Testamento nos advierte que no sigamos el ejemplo de Caín. En 1 Juan 3:12, la Biblia dice: “No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué lo mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas.” Caín primero pensó mal, y luego puso su plan mortal en acción. Nosotros también debemos dominar nuestros pensamientos y no permitir que el mal nos venza.

El Señor Jesús dijo: “Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatau, quedará expuesto al infierno de fuego” (Mateo 5:21-22). El Señor condena el mal en el corazón, incluso si no actuamos sobre él. La ira, el odio y la venganza son tan malos como el asesinato mismo. Ni siquiera deberíamos considerar la idea de dañar o calumniar a otra persona.

El Señor Jesús dijo: “Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre” (Marcos 7:21-23). Como nuestros pensamientos internos afectan nuestro comportamiento, debemos tener cuidado de mantener nuestro corazón libre del mal. Debemos decidir vivir por encima de la fealdad y la malicia.

Según Jesús, el asesinato comienza cuando las personas pierden el respeto por los demás. Escupir en el rostro de otro, mirar con desprecio o liberar la ira son señales de un espíritu asesino. Jesús nos obliga a considerar nuestros pensamientos y palabras para que no permitamos que la ira y el odio nos dominen. La Biblia dice: “Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (Efesios 4:31-32). Debemos aprender a soltar los malos pensamientos y ser amables con los demás, incluso si ellos no lo son con nosotros.

El mal en el corazón conduce a los pecados más terribles. Incluso personas religiosas, si permiten que los celos o el odio se acumulen en sus corazones, pueden hacer cosas increíblemente crueles a otros. Los principales sacerdotes, escribas y fariseos estuvieron detrás de la muerte de Jesucristo. Eligieron a Barrabás, el criminal, para que fuera liberado, mientras clamaban por la sangre de Jesucristo. Sin embargo, no engañaron a Pilato. Marcos 15:10 dice: “Porque conocía que por envidia le habían entregado los principales sacerdotes.”

¿Por qué estaban envidiosos? Primero, porque Jesús podía hacer milagros, pero ellos no. Después de que Jesús resucitó a Lázaro, algunos hombres corrieron a contarles a los principales sacerdotes y fariseos. Juan 11:47-48 dice: “Entonces los principales sacerdotes y los fariseos reunieron el concilio, y dijeron: ¿Qué haremos? Porque este hombre hace muchas señales. Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar y nuestra nación.” La segunda razón era el temor de perder su sustento en el templo. Pensaban que era mejor que Jesús muriera a que ellos perdieran la nación. Muchas personas hoy hacen cosas horribles por celos y envidia.

Otra causa del odio es algo que tal vez no esperes; es la verdad. A la gente no le gusta que se diga la verdad si esta expone sus pecados. El Señor Jesús dijo: “Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas” (Juan 3:19-20). Las personas pecadoras quieren que la oscuridad cubra sus caminos pecaminosos. Odian que

sus pecados sean expuestos y odian a cualquiera que los exponga.

Herodes mandó arrestar a Juan el Bautista y lo puso en prisión por causa de Herodías, la esposa de su hermano Felipe. Juan le había estado diciendo: “No te es lícito tenerla” (Mateo 14:4). Herodes se entristeció por el asunto, pero Herodías planeó que Juan fuera decapitado. Una persona malvada que tiene odio en su corazón no tiene compasión y tomará la venganza en sus propias manos.

El deseo egoísta puede llevar a las personas a cometer asesinato. Las personas que son codiciosas de poder y oro harán cualquier cosa para eliminar a su competencia. La Biblia dice: “Jehoram, cuando hubo tomado posesión del reino de su padre y se había fortalecido, mató a espada a todos sus hermanos, y también a algunos de los príncipes de Israel” (2 Crónicas 21:4). La ambición de poder hace que las personas hagan cosas horribles, incluso a sus propias familias. Santiago 3:16 dice: “Porque donde hay celos y ambición personal, allí hay confusión y toda obra perversa.”

El deseo sexual desenfrenado conduce al mal. Cuando David, llevado por la lujuria, cometió adulterio con Betsabé y la dejó embarazada, eso condujo a muchos otros pecados. Trató de encubrirlo haciendo que el esposo de Betsabé, Urías, volviera a casa con ella. Cuando nada funcionó, David organizó que Urías muriera en la batalla. Natán, el profeta, le dijo a David: “¿Por qué, pues, tuviste en poco la palabra de Jehová, haciendo lo malo delante de sus ojos? A Urías heteo heriste a espada, y tomaste por mujer a su mujer, y a él lo mataste con la espada de los hijos de Amón” (2 Samuel 12:9). Cuando pecamos contra otros, también estamos pecando contra Dios mismo. Si amas a Dios, no permitirás que el egoísmo domine tu vida.

El apóstol Pablo enumeró una serie de pecados carnales en Gálatas 5. Cada uno de ellos surge del egoísmo. Cuando las personas se rebelan contra Dios y tienen que hacer su propia voluntad, pierden de vista a los demás. Se vuelven insensibles y no les importa a quién lastiman. Pablo dijo: “Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios” (Gálatas 5:19-21). Las personas que se aferran al pecado carnal no pueden vivir con Dios para siempre.

Debemos tener cuidado de poner nuestro corazón en servir al Señor en lugar de vivir como el mundo. Primera de Juan 2:15-17 dice: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.” El deseo pecaminoso ha llevado a muchos hombres y mujeres a la ruina. El egoísmo aleja a las personas de Dios, y amar a Dios aleja a las personas del egoísmo. La respuesta al mal es el amor de Dios.

Pablo explica cómo amar a Dios y a las personas nos aleja del mal. Él dijo: “No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley. Porque: No cometerás adulterio, No matarás, No hurtarás, No codiciarás, y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor” (Romanos 13:8-10). Así como llenar tu corazón de ira y odio lleva al pecado, llenar tu corazón de lo bueno y del amor lleva a la justicia. Hay un gran contraste entre la persona que ama a Dios y a su prójimo y la persona que solo se ama a sí misma.

Mantener a Dios en nuestro corazón no es un asunto trivial. No es un juego. Es lo más importante que puedes hacer. Afecta tu vida y la vida de todos los que te rodean. No dejes que nada se interponga entre tú y el Señor. Judas 21 nos recuerda que debemos mantenernos en el amor de Dios. Cuando Dios es nuestro enfoque, amamos lo que es justo y bueno; y cuando sacamos a Dios, toda cosa mala entra en nuestras vidas. La Biblia dice: “Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen; estando atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia; quienes habiendo entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican” (Romanos 1:28-32).

¿Por qué estamos tan enojados y violentos? ¿Por qué el mal se ha vuelto tan prominente? Es porque hemos olvidado a Dios; ya no “consideramos apropiado reconocer a Dios”. Hemos dejado de leer la Biblia y de adorar en la iglesia; nos hemos dejado convencer de que somos un accidente de la evolución en lugar de seres creados con diseño inteligente. Hemos permitido que el comportamiento pecaminoso corrija políticamente la Santa Palabra de Dios, así que lo que Dios llama pecado ahora es moralmente aceptable. Sin vergüenza hemos amado la oscuridad y odiado la luz; hemos amado el pecado y blasfemado la justicia. Llenamos nuestros medios con cada pensamiento impío, cada palabra impía y cada acto impío. Glorificamos el pecado y nos burlamos de la justicia. Cuando elegimos ser impíos, ¿por qué debería sorprendernos que nuestra sociedad se vuelva malvada? Cuando rechazamos el amor de Dios, ¿por qué debería sorprendernos que nos volvamos enojados, odiosos e insensibles?

Cuando sacamos a Dios de nuestros corazones, dejamos que el diablo entre. Cuando Dios no puede entrar a nuestras escuelas, Satanás y sus seguidores lo harán. Cuando ya no podemos leer la Biblia o orar en público, ¿por qué nos sorprende que el pecado llene nuestras ciudades? No dejamos entrar la Biblia en nuestras escuelas, pero sí queremos tenerlas en nuestras prisiones. ¿No deberíamos aprender algo de eso? Necesitamos a Dios en nuestros corazones y en nuestras vidas.

La solución a la violencia es esta: el amor de Jesús debe estar en nuestros corazones y Su enseñanza en nuestras vidas. Cuando Pedro cortó la oreja del siervo del sumo sacerdote, Jesús sanó al hombre y dijo: “Vuelve tu espada a su lugar, porque todos los que tomen espada, a espada perecerán” (Mateo 26:52).

El Señor Jesús sabía que la gente se enoja y es violenta. Él enseñó un mejor camino. Dijo: “Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:43-45). Si queremos ser como Dios, amaremos y hasta oraremos por nuestros enemigos.

Jesús practicó lo que predicó. Recuerda cómo oró Jesús cuando lo estaban crucificando. “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34). La gracia de Dios puede incluso perdonar a los violentos. Pedro habló a los judíos en Pentecostés, los judíos que fueron responsables de la muerte de Jesús. Dijo: “Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo” (Hechos 2:36).

Se compungieron de corazón por su pecado y preguntaron qué podían hacer para ser perdonados.

Pedro respondió en Hechos 2:38: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.” Cuando cambiamos nuestro corazón y somos bautizados, también podemos encontrar el perdón de Dios. Cuanto más nos acerquemos a Dios, mejor será nuestro mundo.